



El buen gusto y la concepción estética del espacio habitable han ido cediendo paso en San José a la anarquía y el hacinamiento urbano.

La ciudad sin rostro

La historiadora Clotilde Obregón, en su periplo por la historia de San José arriba ahora al siglo XX, para dibujar el rostro de una ciudad que conforme pasó el tiempo fue perdiendo su homogeneidad arquitectónica y su personalidad

CLOTILDE OBREGÓN

En 50 años, de 1920 a 1970, San José pasó de ser una ciudad apacible —con una arquitectura muy homogénea, donde la mayor parte de sus habitantes se conocían y los niños andaban con seguridad— a una ciudad en pleno crecimiento, sin planeamiento ni unificación arquitectónica. Al mismo tiempo el aumento de población propició el surgimiento de nuevos barrios: Escalante, Los Yoses, La Granja, Rohrmoser y Hatillo, a costa de la desaparición de los cafetales y beneficios existentes alrededor de ella.

En el campo político, los josefinos presenciaron cómo los viejos políticos, a mediados de la década del 20, volvieron al liberalismo, al estilo del 80. Fue un regresar atrás que provocó una desfase en el proceso histórico, aunque a partir de 1934, los gobernantes no pudieron ocultar las peticiones de cambio, exigidas por obreros y campesinos. Por su parte la mujer se integró más a las fuerzas laborales, pero se le siguió negando su ciudadanía.

En el campo cultural, desde finales del decenio de los 20 empezaron a desaparecer los sobrevivientes de los que dirigieron la política cultural del país en las dos últimas décadas del siglo pasado y en las primeras del presente. La paralización educativa fue notable, además y a pesar de la apertura de la universidad, no hubo liderazgo cultural, lo que en cierta manera explica lo que ocurriría con la ciudad capital.

Destrucción sin motivo

En lugar de contribuir a hacer de San José un sitio agradable, los órganos gubernamenta-

les destruyeron las áreas verdes y los edificios que le imprimían su sello. La destrucción del Parque Central comenzó desde 1907 cuando el Presidente declaró —en beneficio del progreso— pavimentar el Parque y talar los centenarios higuerones era lo correcto. Luego se le quitaron las verjas que lo rodeaban y enseguida, en la década del 40, le tocó el turno a la fuente que fue a dar frente a la universidad en el barrio González Lahmann, al mismo tiempo se destruyó el quiosco de madera y se construyó uno horroroso de cemento, cuyos planos, según se cuenta, los regaló Somoza en su visita oficial.

Luego, siguió La Sabana. Con el auge de la aviación el presidente Cortés estableció el aeropuerto en esa zona, en vez de Santa Ana, donde había funcionado un tiempo pues había espacio para hacerlo.

Elegir La Sabana significó destruir el Bosque de los Niños y dejar a los habitantes josefinos sin su zona verde más importante. El padre Chapuí, quien había dejado esos terrenos, no podía resucitar para protestar.

En los años siguientes los pilotos se volvieron unos expertos, si despegaban de noroeste a sureste el reto era pasar sobre los cables de la energía eléctrica y sobre el techo de la casa de Gustiniani; si el despegue era de sureste o noroeste superar los cables de alto voltaje del ferrocarril. Por fin, el gobierno (1949-53) decidió trasladar el aeropuerto a Alajuela y la ciudad capital recuperó su "pulmón".

El tercer lugar le tocó a los parques Morazán y Nacional, les derribaron los poyos y los jóvenes josefinos, los días de aguaceros, chapuseábamos en las aceras llenas de barro rumbo a las escuelas o al colegio, como me contaba entre ellos, nunca pude entender qué daño hacían los poyos desde donde veíamos pasar los desfiles y presenciábamos la toma de posesión de Echandi, en el Parque Morazán. Y por último el cuarto lugar le tocó a los jardines del

Asilo Chapuí, que eran el pulmón de los centros hospitalarios.

La avenida segunda

La Municipalidad de la Junta de Gobierno (1948-1949) diseñó un bellissimo plan sobre San José, se salvarían las áreas a lo largo de los ríos que la limitaban y se ampliaría la avenida 10, algo fácil de realizar en aquella época. De repente, el Gobierno (1953-1958) decidió ampliar la avenida segunda. ¿Por qué? Tal vez porque les pareció muy sencillo derribar un tercio del parque Carrillo y de lo que quedaba del Parque Central; los jardines del norte de la Merced y de la Catedral y del sagrario, el que se edificaría de nuevo, sobre la tumba de los canónigos; se vendería el antiguo Palacio de Justicia, el edificio de la Universidad de Santo Tomás, el viejo Museo y de ahí en adelante se vería cómo hacer. Todavía se está viendo cómo hacer.

Los bancos

El Gobierno vendió el terreno donde se ubicaba el edificio alrededor del cual se había hecho grande San José: la Factoría de Tabacos, el más bello de la ciudad: el Palacio Nacional y el Viejo Cuartel de Artillería al Banco Central; el edificio de la Universidad de Santo Tomás al Banco Anglo Costarricense y para no ser menos, el Banco de Costa Rica derribó su elegante sede.

Los bancos construyeron sus edificios sin ningún planeamiento, ni desde el punto de vista arquitectónico ni de facilidad para sus clientes, no se les ocurrió levantar un distrito bancario en las afueras de la ciudad, con amplios estacionamientos, lo que hubiera dado lugar a la edificación de un área comer-

cial.

Para finalizar la destrucción, de la cual sólo el Teatro Nacional y la Catedral se salvaron, el Gobierno (1966-70) ordenó vender la Botánica Nacional.

Los capitalinos vivieron con gran intensidad los sucesos ocurridos en el país. Comentaron con estupor los asesinatos de los médicos Moreno Cañas y Echandi en 1938 y el del Dr. Valverde Vega diez años después; presenciaron dos cuartelazos: el Bellavistazo en 1932 y en 1949 el Cardonazo. Fueron testigos de la inauguración de la Universidad de Costa Rica de la efervescencia política, de la creación de sindicatos comunistas y católicos y del gran saqueo de los negocios de alemanes, italianos y españoles.

En 1945 celebraron el término de la guerra sólo para iniciar un período turbulento, los estudiantes de Derecho se enfrentaron a las brigadas de choque comunistas y la ciudad se paralizó con la huelga de brazos caídos en 1947.

Azorados se enteraron de cómo las mujeres habían sido humilladas por los militares que les dispararon, para obligarlas a tirarse en el suelo, por desfilar pidiéndole a Estirado garantías electorales; de la anulación de las elecciones de 1948 y de los sucesos de la Guerra Civil.

Presenciaron el patrullaje de la ciudad por los linieros, quienes por ir envueltos en cobijas de color recibieron el nombre de marachos y el desfile de la victoria del ejército de Liberación Nacional; muchos vivieron las revanchas producto de una guerra civil y algunos se sorprendieron con la Nacionalización Bancaria.

La década del 50 fue rica en transformaciones, las mujeres votaron por primera vez y fueron electas tres diputadas, se fundó el ICE y los capitalinos celebraron el fin de racionamiento eléctrico.

Las costumbres cambiaron cuando la epidemia de polio cundió, en los centros educativos y éstos cerraron, por lo que los jóvenes fueron confinados en sus hogares. Al final de la década, al trasladarse los colegios a los alrededores de la ciudad, los estudiantes dejaron de recorrer la avenida central, dando cuerda, en las tardes a la salida de lecciones y después de la tanda de 4 ó de 7 los domingos y se terminaron las retretas en el Parque Central.

Los 60 y el Irazú

En la década del 60 el presidente Orlich inauguró el sistema telefónico más moderno de Latinoamérica, y Kennedy se reunió en San José con los mandatarios del istmo. El día que llegó, 19 de marzo de 1963, el Irazú comenzó su lluvia de ceniza, que continuó por año y medio y obligó a los josefinos a cubrirse como los habitantes del desierto y usar gafas.

Fue preciso barrer la casa y el techo al que se le quitaron canoas y bajantes y sacar con extractores la ceniza del cielo raso, bañarse varias veces al día, sacudir lo que se iba a usar y revisar lo que se comía.

San José pasaba en cuestión de minutos de ser una ciudad soleada a una oscura, en los trabajos, casas e instituciones educativas se prendían las luces y sus habitantes tenían que cubrirse, abrir paraguas y ponerse pañuelos sobre la nariz. Los transeúntes parecían fantasmás y todo el mundo se portó muy bien, nadie se quejó, aunque más de uno volvía a ver el volcán, con todo respeto, sobre todo cuando retumbaba.

Fue también la época hippy, los jóvenes cambiaron su manera de vestir y hay manifestaciones de protesta. Desaparecieron los personajes pintorescos: Cazadora, el que se creaba un camión de pasajeros; Azulito, Trotes, el Entero Beto y Muñeca.

Fin de una época

El último acto de la ciudad capital, antes de perder su identidad, fue la celebración del centenario, de la Campaña Nacional, los estudiantes desfilaron en honor de los héroes y la universidad preparó un acto en el museo donde 100 años antes se había celebrado un baile para homenajear a los vencedores. Poco después, la vieja casona que aquella noche brilló, como en sus viejos tiempos, fue derribada y con ella todos los edificios construidos en la época de Mora. También se derribó la casa de habitación. Fue algo muy irónico. Cien años de historia desaparecieron.